

LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO
DE LOS SIETE GOLES
EN PROPIA PUERTA

Roberto Santiago



Ilustraciones de Enrique Lorenzo

sm

www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación de diseño: Lara Peces

© del texto: Roberto Santiago, 2013
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2013
© Ediciones SM, 2013
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-5208-9
Depósito legal: M-10133-2013
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





1

Mi corazón late tan deprisa que parece que me va a estallar en cualquier momento.

Nunca en mi vida he corrido tan rápido, ni siquiera cuando me dan un pase en largo y tengo que dejar atrás a los defensas y llegar al balón antes que el portero.

Llevo corriendo tanto tiempo que ya ni me acuerdo de cuando empezamos.

Siento pinchazos en las piernas y me arden los pulmones.

Pero no puedo parar.

Corre, corre, corre.

Miro hacia atrás y allí está ella. A punto de alcanzarme.

Tiene la cara roja, respira muy fuerte, está sudando y se le han puesto pelos de loca de tanto correr, pero eso ahora le da igual.

Cuando se propone algo, no hay quien la detenga.

–¡Vamos, Francisco, no pares! –me grita mi madre.

Yo la miro un segundo mientras sigo adelante.

Nunca la había visto así.

Está completamente roja del esfuerzo, pero no deja de correr.

Las madres también corren.

Yo no sabía que la mía pudiera correr tan rápido.

Acelero, pero mi madre se pone a mi altura. Ella corre como si se acabara el mundo.

Me deja atrás.

–¡¡Venga, Francisco, que no llegamos!!



La gente se va apartando a nuestro paso, y algunos se asustan y nos gritan que tengamos cuidado y que no se puede ir así por la calle.

Estamos a punto de llevarnos por delante a una señora que empuja un carrito de la compra. La mujer lo aparta en el último momento, cuando mi madre pasa a su lado.

Al echarlo a un lado, está a punto de darme a mí con el carrito. Tengo que saltar, y mi pie tropieza con una rueda. Salgo a trompicones y estoy a punto de caer al suelo, pero mi madre me agarra justo antes de que me estrelle.

—¡Perdone, señora! —dice mi madre.



Y seguimos adelante.

Levanto la cabeza y veo un enorme reloj en la fachada del edificio al que nos dirigimos. Van a dar las nueve.

No vamos a llegar.

Un grupo de niños de infantil, que van en fila cogidos de la mano, ocupan toda la acera y se ponen justo delante de nosotros.

Imposible pasar.

Damos un salto y corremos por en medio de la calle. Un taxi empieza a pitarnos.

–¿Está loca, señora? –grita el taxista–. ¡No se puede cruzar por cualquier sitio, que luego pasa lo que pasa!

Mi madre se gira y yo pienso que le va a pedir perdón también, pero en lugar de eso levanta una mano y dice:

–¡Taxista tenía que ser!

Y tira de mí y sigue corriendo.

–¡Vamos, vamos! –dice.

El claxon del taxi suena furioso varias veces, y el hombre creo que nos está insultando, pero yo no me giro, por si acaso.

Llegamos a un paso de cebra. El reloj del edificio marca las nueve menos dos minutos.

El semáforo está en rojo.

Mi madre frena en seco y me detiene poniéndome la mano en el pecho.

No pasa ni un coche, pero mi madre no me deja cruzar.



-¿Y ahora qué pasa? -pregunto yo-. ¿Podemos correr por mitad de la calle entre los coches pero no podemos saltarnos un semáforo cuando no viene nadie?

-Hay que respetar los semáforos, Francisco -me dice, muy seria.

-¡Pero si no viene nadie! -insisto yo.

–Los semáforos son sagrados –responde mi madre–. Tu padre es policía municipal, y hay mucha gente en el mundo que ha dado su vida para que existan los semáforos. Es uno de los grandes inventos de la humanidad, deberías saberlo.

–Vale –digo yo.

Y ahí nos quedamos, parados, con la lengua fuera de la carrera que nos acabamos de pegar, y esperando a que se ponga en verde un semáforo aunque no pasa ningún coche.

Cuento desesperándome los pitidos del semáforo: uno, dos tres, cuatro, pi-pi, pi-pi, pi-pi...

Cuando llego a trece... el semáforo por fin cambia de color y echamos otra vez a correr como locos.

Las nueve y un minuto.

Demasiado tarde.

Entramos en la estación de autobuses. Es enorme y está llena de gente, y nosotros seguimos corriendo sin parar.

Una familia de extranjeros con un montón de bultos apilados alrededor suyo nos miran con mala cara porque hemos estado a punto de tirar sus maletas, y nos dicen algo que no sé lo que significa.

Bajamos las escaleras mecánicas corriendo.

Mi madre va empujando y pidiendo perdón al mismo tiempo.

Le tiene que pedir perdón a mucha gente.

Por fin llegamos al piso de abajo, donde están aparcados todos los autobuses. El ruido que hacen tantos motores al mismo tiempo es tremendo, y no nos oímos.

Ella me grita:

–¡Que si has mirado qué dársena es!

–¡No tengo ni idea! –respondo yo–. ¡Lo único que he hecho ha sido correr detrás de ti!

Hay docenas de autobuses.

¿Cuál será?

Seguramente se ha ido: la salida era a las nueve, y son las nueve y un minuto y veinte segundos.

Mi madre saca su móvil, mientras buscamos desesperados.

Miro los carteles pegados en los autobuses.

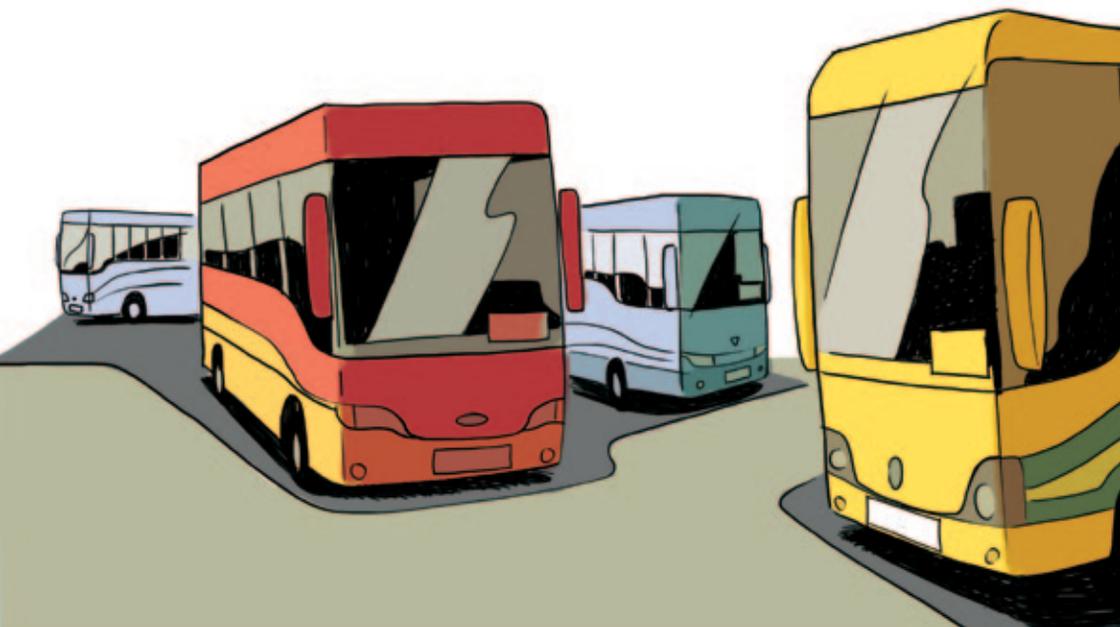
Murcia, Valencia, Salamanca, Ciudad Real...

¿Dónde está el nuestro?

–No contestan –dice mi madre, y cuelga el móvil.

Seguimos avanzando por el piso de abajo, desesperados.

Son las nueve y dos minutos.



Nuestro autobús se ha ido.

Nos hemos quedado en tierra.

Pero entonces escucho una voz detrás de mí.

–¡Pakete, que no te enteras!

¡Sí!

¡Es Camuñas!

Y a su lado están Tomeo y Angustias y todos los demás...

Están dentro de un autobús.

Y nos hacen señas.

–¡Vamos que nos vamos! –dice Camuñas.

Mi madre y yo damos una última carrera y llegamos hasta la puerta del autobús.

El conductor nos mira con mala cara.

–Perdone. Es el niño, que se ha quedado dormido –dice mi madre.

Mentira y gorda.

La que se ha quedado dormida ha sido ella.

Yo casi ni he dormido.

Estaba tan nervioso con el viaje que no he pegado ojo.

Por fin subimos al autobús.

Allí nos reciben Felipe y Alicia, nuestros entrenadores.

–Ya pensábamos que no veníais –dice Alicia.

–Es que Francisco se ha dormido –insiste mi madre.

A mí me da igual lo que diga.

Hemos llegado a tiempo.

Estamos con todo el equipo.

Y nos vamos de viaje.

Cruzo una mirada con Helena, que está al fondo del autobús, en la última fila.

Y sonrío como un bobo.

El autobús por fin arranca con nosotros dentro.

Vamos a un lugar donde yo nunca he estado.

Un lugar único.

La ciudad con más rascacielos de toda Europa.

Miro el cartel que hay en la parte delantera del autobús.

Y leo: Benidorm.

